

Una visita al Museo Arqueológico de Jérica

por MANUEL VEGA Riset

Nos extraña y sorprende generalmente el encontrar en cualquier pueblo extrañado de la sierra, entre riscos y barrancos, y alejado del mundo —del nuestro, de este mundo fragoso que nos es habitual— joyas de arte, bellos monumentos, serenísimos templos, magníficas mansiones señoriales o cualquier otra excelsa manifestación del espíritu humano, como si esos exponentes de la espiritualidad fueran privativos de las grandes urbes o de las ruidosas ciudades donde, por regla general, nosotros nos movemos. Y aún cuando el caso de Jérica no sea el mismo, por no hallarse perdida en la fragosidad de ninguna sierra ni aislada o alejada de lo que hemos dado en llamar mundo civilizado, no deja de ser esa la sorpresa que experimenta el viajero que por vez primera visita esa simpática villa y descubre la existencia en la misma de un Museo Arqueológico, pero de un Museo con sus piezas correctamente clasificadas y ordenadas con gusto y con ciencia, condiciones que no suelen siempre darse en todas las colecciones arqueológicas que por ahí se exhiben.

Ocupa este simpático Museo una pequeña parte —demasiado pequeña para su abundante contenido— de los bajos de la Casa Consistorial, y se encuentra, por imperativo del local, dividido en dos secciones: una, que podríamos llamar exterior, ocupa casi por completo un reducido patio a cielo abierto provisto de arcadas circundantes a modo de claustro conventual, pero muy reducido,

a cuyas paredes están adosadas pesadísimas lápidas funerarias o conmemorativas, ruedas de molino ibéricas, capiteles diversos, un soberbio mausoleo alabastrino y muchos objetos más, es decir, todas aquellas piezas que por su carácter monumental, su pesantez o su tamaño han de permanecer fijas en un mismo lugar y no corren un riesgo inmediato de ser sustraídas o dañadas por la ignorancia o malicia de los visitantes y transúntes, pues hasta allí la entrada es libre y lugar de paso a todas horas del día.

Luego, en otro recinto, en una simple habitación angustiosamente pequeña, se halla el resto de la colección, las piezas más frágiles y delicadas, tales como esculturas, pinturas, cerámica, etc., etc., todo, es cierto, un poco amontonado, oprimido, queriendo reventar por falta de espacio, pero siempre bien ordenado y con exquisito gusto distribuido. La agobiante pequeñez de este local es la eterna pesadilla de este Museo a través de su ilustre Director. Jérica, que ha tenido la dicha y ha sabido encontrar lo más difícil, lo que rara vez se encuentra, al hombre a quien no le duele el tiempo ni el trabajo, que se entrega en cuerpo y alma, con la más completa dedicación a la tarea que se le ha encomendado, que ha puesto, sin precio y sin regateos, su vasta cultura y su inteligencia al servicio de esa obra meritísima, no ha sabido encontrar una cosa tan fácil, tan sencilla, tan a ras del suelo, como es un local suficiente y digno

donde alojar tantos recuerdos, tantas reliquias y tantos testimonios de su Historia y de su glorioso pasado.

Fue fundado este Museo hace relativamente pocos años por don Salvador Llopis y Llopis, doctor en Ciencias Históricas, el cual partió de la base que le proporcionó una colección de lápidas y capiteles romanos reunidos por el canónigo de Segorbe don José María Pérez Martín, hijo de Jérica y caído en la pasada guerra civil. La inauguración oficial tuvo lugar el 20 de octubre de 1947, y el número de piezas coleccionadas por el señor Llopis ascendía a 71. El local que ocupó en un principio —entonces suficiente— es el mismo que actualmente ocupa.

En el año 1964 fue nombrado Director el que lo viene siendo en la actualidad, don Vicente Maiques Casañ, médico, hombre de una actividad y un dinamismo contagiosos y sin límites, pues, al no ejercer su profesión, está dedicado de lleno y con todo acierto a esa misión desinteresada y altruista que voluntariamente se ha impuesto. Fruto de esa fecunda actividad es el hecho de que el número de piezas que constituyen hoy día el fondo del Museo, ya catalogadas, se ha multiplicado tal vez por cuatro o por cinco desde que este benemérito señor se hizo cargo de la dirección. Baste decir que en los diez primeros meses del año 1968 han entrado a formar parte de esta colección 71 piezas, sin contar otras varias muy valiosas que, por falta de local, no han podido adquirirse al no poder instalarlas dignamente, pero que habrán de serlo muy en breve, aunque sólo sea para tenerlas almacenadas en espera de mejores tiempos.

En el patio o claustro exterior se halla, como ya queda dicho, la sección de epigrafía romana y también moderna (siglos XVI y XVII), con un total de unas doce lápidas, enteras unas y fragmentadas otras, entre ellas algunas de marcadísimo interés. Son dignas de especial mención, por lo completas y bien conservadas, las que dicen:

VALERIA TURPIA AN. L.
M. CORNELIUS
AMANDUS
AN. L. H. S. E.
CORNELIA
SILVANA, VXSOR
AN XXXX. H. S. E.

QUINTA PROBA
SIBI ET PORCIO
RUFINO ARCUM
FECIT ET STATUAS
SUPERIMPOS HS XL E...

C-FABIUS. C. F.
CELSUS
Gral. EDETA
AN. LXXV. H. S. E.

Traducción

Valeria Turpia de 50 años. Marco Cornelio Amando de 50 años aquí está sepultado. Cornelia Silvana (su) esposa, de 40 años aquí está sepultada.

Traducción

Quinta Proba para ella ,
y para Porcio Rufo
y para Porcio Rufino
un arco construyó y le
coloqué encima unas statuas
Aquí fue enterrado
a los 40 años.

Traducción

Cayo Fabio Celso
hijo de Cayo, de la
tribu Galeria. Edetano
de 75 años. Aquí está
sepultado.

En el mismo patio, e impecablemente restaurado, se halla un soberbio sepulcro esculpido en mármol alabastrino, con su lápida y escudo familiar, del siglo XVI, en el que reposaron los restos de D. Roque Ceverio y de D.^a Isabel Valerio, su esposa, con las estatuas yacentes de ambos de tamaño natural. Procede del Convento de los Padre Agustinos de Jérica (conocido generalmente con el nombre de Convento del Socós, hoy desaparecido).

Próxima a este regio mausoleo aparece, adosada a la pared, una lauda sepulcral, también esculpida en alabastro, dedicada a un prior del que fue convento de los Agustinos, y en otro lugar puede verse una artística verja de hierro que perteneció al antiguo Hospital de la villa.

A más de lo señalado, se hallan en este mismo claustro basas, fustes, y capiteles de columnas romanas y medievales, las ya citadas ruedas de molino ibérico-romanas y otras muchas más piezas que no es posible reseñar en un trabajo tan limitado como éste.

En la indicada habitación dedicada a objetos más delicados, las paredes aparecen materialmente cubiertas por los más diversos y abigarrados objetos, apretados, hacinados, por la ya señalada falta de espacio, lo que hace difícil y molesto su estudio y contemplación. La cerámica surge por todas partes con

verdadera profusión, de todas las formas, épocas, estilos y procedencias (el señor Maiques, gran aficionado a esta especialidad artística, es miembro del Patronato del Museo Nacional de Cerámica González Martí, de Valencia). Pendien de la pared multitud de «rajoletes» valencianas de los siglos XVII y XVIII con los más diversos motivos. Forman unos, combinados entre sí, artísticas cenefas de sencillos dibujos y los más encendidos colores; otros reproducen imágenes de santos, generalmente de aquellos más populares en los pueblos de este Reino, tales como San Roque, San Miguel, la Virgen de la Cueva Santa, San Vicente, todos, como el resto de los azulejos, protegidos por artísticos marcos de madera.

En dos espaciosas vitrinas se encuentra una buena representación de vasos cerámicos, entre los que predominan los de Paterna, por los que el Director, muy vinculado a ese simpático pueblo, muestra especiales preferencias. Entre estos vasos los hay tan perfectamente restaurados que se hace muy difícil distinguir entre los fragmentos auténticos y los añadidos. No cede mucho en importancia la colección de cuencos de Teruel, para luego seguir con la árabe, con vasos enteros y sin decoración, de formas muy características, junto a otros con dibujos de trazos negros, así como algunas partes de vasijas de reflejo metálico. Como era de esperar en una zona como esa —lugar de penetración y encrucijada de pueblos y caminos— no podían faltar los tiestos romanos, con algunos trocitos de «sigillata», los imprescindibles fragmentos de cerámica ibérica, con su decoración achocolatada de círculos concéntricos, para terminar con una mo-

desta representación de triturados tios argáricos del tipo más arcáico.

Se conserva en esta misma sala varias tallas en madera policromada de indiscutible mérito y de una antigüedad comprendida entre los siglos XII al XVIII, tres de ellas lamentablemente mutiladas. Entre éstas destaca por su extraordinario realismo una decapitada imagen de la Virgen atribuida a Vergara y que según se dice sirvió a este insigne escultor valenciano de boceto para esculpir su Piedad. Es digna de mención una imagen de la Virgen del Carmelo esculpida en piedra y restaurada con mucho acierto. No faltan rancios y aristocráticos escudos heráldicos, hierros artísticos, armas blancas y de fuego de tiempos que se fueron, llaves antiguas, algunas de un tamaño y un peso inconcebibles en esta edad de los llavines ingleses; aldabas de las que tanto abundaban y aún se ven por ahí de cuando en cuando, que reproducen en hierro fundido una delicada mano con una bola en el hueco de la misma, todas ellas mandadas a retirar por imperativo del progreso y de los timbres eléctricos y perfectamente alineadas, desde las más pequeñas y de voz más débil y menos estrepitosa —más femeninas, podríamos decir— a las más estentóreas y robustas que harían temblar sin duda con sus atronadores golpes los recios muros de un convento o las no menos incommovibles paredes de una cárcel. Junto a ellas, voluminosas pesas antiguas de piedra, de las que tal vez se usaran por esos pueblos de Dios no hace todavía cuarenta años, en un continuo desafío al Sistema Métrico Decimal. Y, ¿para qué seguir? La lista sería interminable, pues de aquellas paredes cuel-

gan las cosas más inverosímiles, desde la vieja **romana** de hierro que todavía no ha cumplido la edad ni adquirido la pátina que dan los años para ostentar el nobilísimo título de antigua, hasta los dormidos y silenciosos husos y la impávida rueca que nos hacen soñar con bellas y embrujadas hilanderas de siglos de leyenda.

Cerca del suelo, sobre un banco corrido, contemplamos un bonito aguamanil de estirpe turolense, tres lebrillos murcianos, varios platos decorados de Manises, dos bacías de barbero muy bien pintadas, todo ello de cerámica; una pila de agua bendita muy pequeña, casi un juguete, de mármol negro, y otra incompleta de piedra del siglo XVI, la primera procede del Monasterio de la Zaidía de Valencia y la segunda, de la ermita de San Roque, de Jérica, con muchas más y más cosas que, sin restarles mérito, no caben en los reducidos límites de este artículo.

Ocupando por sí solo la mayor parte de una de las altas paredes de la sala, se encuentra la bandera o estandarte, tan querida de los jericanos, con la que, según la tradición, anunciaron los árabes su rendición a las huestes del Rey D. Jaime I. El estandarte, llamado popularmente el «Matamoros», propiamente no se ve, pues está recubierto con otra tela de seda, sobre la cual se ha pintado el escudo de la villa del s. XVII.

Pero, sin duda alguna, la pieza más bella y valiosa de cuantas encierra este Museo es el soberbio retablo, de no muy grandes dimensiones, compuesto de tres cuerpos o tablas, una central y dos laterales algo menores, y ocho recuadros pintados y en los que se representa «La vida, martirio y muerte de San Jorge»,

obra de Gonzalo Peris II, de la Escuela Valenciana, del siglo XV, año 1423, procedente de la iglesia de la Santísima Sangre, de Jérica, y que hacia el año 1946 fue mandado restaurar por don Salvador Llopis en los talleres del Museo del Prado.

La parte superior del cuerpo central reproduce la batalla de Albocácer (Huesca), en la que Pedro I vence a los moros gracias a la intervención del Santo. La escena es casi idéntica al asunto principal del retablo de San Jorge del Museo Victoria Alberto de Londres, procedente de la capilla de «Los Ballesteros» de Valencia, y que está reproducida en un gran panel de cerámica en el Museo Nacional González Martí, obra del mismo autor.

En el centro del retablo aparece San Jorge venciendo al dragón. La leyenda dice que un descomunal dragón, que representa al diablo, tiene atemorizada a una ciudad, pues exige cada cierto tiempo la entrega de una doncella en calidad de tributo. La última doncella exigida es precisamente la hija del rey, el cual aparece en la parte superior del cuadro orando junto a un cordero. A San Jorge llegan los ruegos del atribulado padre, lucha con el monstruo y lo vence.

En el recuadro superior de la derecha, que es continuación del anterior, San Jorge entra victorioso en la ciudad con la princesa y el dragón amansado, ante la estupefacción de los vecinos asomados a las ventanas.

Pasando al lado izquierdo, en la parte superior, se ve a la Virgen y a un coro de ángeles armando caballero a San Jorge. Un ángel prepara la espada,

mientras otros dos, de rodillas, le calzan las espuelas. En el centro de esta misma tabla vemos al Santo prisionero en un castillo rodeado de un foso con agua. En mística visión, aparece el Señor, con su corte de ángeles, que conforta y bendice al Santo antes del martirio.

En el recuadro central de la tabla derecha, se nos muestra una horrenda escena de ese martirio: San Jorge, atado de pies y manos y colgado del techo, desnudo, es aserrado por sus verdugos con una sierra enorme, mientras el sultán, sentado en su trono, contempla imperturbable tan ignominioso suplicio.

En el recuadro inferior izquierda, el Santo es arrastrado por las calles, dejando tras sí un impresionante reguero de sangre. Por último, en el recuadro inferior de la derecha termina el martirio. En él, un verdugo nos muestra la espada goteando sangre con la que acaba de cortar la cabeza de San Jorge, mientras unos demonios castigan a los «malos» arrancándoles la lengua.

Hasta aquí el retablo, cuyos datos descriptivos me han sido facilitados por don Vicente Maiques, que, a su vez, dice haber recibido algunos muy precisos de nuestro querido amigo don Vicente Morrell, que es sin duda quien más sabe, tras un concienzudo estudio, de tan interesante pieza.

No creo tarde en volver a visitar el Museo de Jérica, más espero que, para cuando eso ocurra, tan interesante colección haya roto las cadenas que la oprimen en la angostura asfixiante de esa sala a la que muy bien pudiéramos calificar de celda o calabozo donde suspiran los más nobles y venerables recuerdos de un pueblo laborioso y culto que no merece tal castigo.